

Estas disidencias del discurso artístico consigo mismo (entre sonido y referente, entre verdad y formulación de la verdad) permiten que el arte sea irreductible a la lógica (Nietzsche pasado por Man). Si por arte, valga la redundancia, entendemos lo que Mallarmé: la mímica, la danza y la música instrumental. Nietzsche sitúa a la literatura como el tercer mundo, hermético o humano, que media, demiúrgicamente, entre Apolo (la metáfora, el parecer, la pintura y la escultura) y Dionisos (la música, la danza y el significado). Es el lenguaje cuyo significado está fuera de sí mismo y el gesto que intenta verbalizarse. Una dialéctica, si cabe. En cualquier caso, de cuño nihilista, pues, para Nietzsche lo mejor de la vida (no ser, no haber nacido) está fuera de nuestro alcance.

Finalmente, Rousseau permite a Man discurrir sobre el carácter esencialmente político de todo lenguaje, que hace del poder un derivado de un modelo lingüístico ajeno al sujeto y a la naturaleza: la metáfora ciega de la «pasión». Por tanto, el contrato social rusioniano carece de toda trascendencia, es una pura estrategia verbal. Podríamos agregar, leyendo a Man con su clave deconstructiva: lo contrario también es cierto: no hay contrato social fuera del lenguaje ni lenguaje fuera del contrato social. Todo acto de elocución es un acto de sociabilidad, una invocación al otro.

Igualmente, podríamos revertir la propuesta de que no sabemos si un discurso sobre el hombre (ejemplo rusioniano: la desigualdad) es referencial o no. ¿Es qué hay lenguaje sin hombres, u hombres sin lenguaje, como ese buen salvaje que nadie nunca ha conocido?

¿No será que la negación del referente es un recurso retórico al patetismo, una invocación en el vacío, la voz que clama en el desierto de las verdades últimas? Aquí, la elegancia de Man se torna convulsiva, como la belleza de estas décadas surrealistas.

Por fin, si el discurso sólo se constituye en la lectura, entonces no hay discurso sin referentes, que son el código (o su pluralidad) que emplea el lector, y el lector mismo. Es cierto que trascendente como significado último sólo es Dios y, aunque creamos en él, sabemos que es mudo, como toda verdad absoluta. Toda lectura es, desde esta divina y vacante perspectiva, un fracaso. Lo restaña la alegoría, pero no deja de ser un remedio pasaje-

ro a un mal irremediable. Salvo que reaparezca Dios en cuerpo y alma, que el Verbo se haga, nuevamente, Carne.

Schönberg. Vida, contexto, obra

H. H. Stuckenschmidt

Traducción de Ana Agud

Alianza, Madrid, 1991, 490 páginas

La vida, los milagros y las obras del fundador del dodecafonismo, ya han sido motivo de una copiosa bibliografía. Abordar, como lo hace nuestro autor, nuevamente el asunto, exige algunos extremos que él se ocupa de llenar. Uno, exponer el estado de la cuestión. Otro, ser riguroso con el análisis musicológico. Un tercero: exhumar, si la hay, documentación de primera mano. Y, por fin, lo más personal de todo, el conocimiento amistoso y profesional que Stuckenschmidt tiene de Schönberg. De tal guisa, una parte de la historia del biografiado es la historia del biógrafo, elemento que añade una incomparable vivacidad o ciertas páginas del libro.

La historia de nuestro músico es, de alguna manera, la historia de una pelea en diversos frentes que se van renovando. Contra el medio conservador pero proclive a la disolución experimentalista de la Viena finisecular. Contra los prejuicios antisemitas del Imperio. Contra los nacionalismos europeos que vieron en la escuela vienesa un enemigo comparable al psicoanálisis o la filosofía hegeliana. Contra los norteamericanos del exilio, poco entusiastas de las exigencias schönbergianas. Contra el mismo inconsciente, tormentoso, fatalista y amigo de supersticiones, del compositor.

Estas constantes son mantenidas, con habilidad de biógrafo, por el autor de este libro. Para ello, se va abriendo paso, lenta y concienzudamente, por una selva intrincadísima de documentos vitales, personales o profesionales, así como de estudios pormenorizados de obras musicales y teóricas. El resultado es «todo lo que usted quiso saber de Schönberg y nunca se atrevió a preguntar», o sea un volumen de consulta indispensable en materia de biografía personal y archivo de la complicada historia musical de nuestro siglo.

Como apéndices, contamos con una bibliografía actualizada, un catálogo de obras de Schönberg y una serie de fotografías borrosas que nos aportan una imagen se-

vera y melancólica, como corresponde a toda revolución, de la revuelta dodecafónica.

Alban Berg. El maestro de la transición ínfima

Theodor W. Adorno

Traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte

Alianza, Madrid, 1990, 142 páginas

Adorno es uno de los pensadores importantes de este último medio siglo, por fijar fechas. Ha sido alumno de Alban Berg. Y, por si fuera poco, supo reunir un par de condiciones escasísimas como sintéticas: la de pensar la música y/o la de obtener un saber del análisis musicológico. Una disciplina abierta desde el romanticismo, pero que muy pocos han podido practicar con éxito.

El resultado es esta miscelánea, donde se aborda la memoria anecdótica con parte de la vida de Berg y de la Viena de su tiempo, así como el análisis pormenorizado de sus obras y una consideración global del aporte berguiano a la música del siglo XX, desde el ángulo del atonalismo dodecafónico y del uso solapado aunque estrictísimo de formas clásicas. La suite, el canon, la pasacaglia, etc, aparecen con tanto esplendor formal en el músico austriaco como en lo mejor del barroco.

Cromático hasta la exasperación, Berg lleva al extremo la propuesta del fundador Schönberg: trabajar con lo mínimo. Si la música, al menos desde Bach, ha sido desarrollo, en Berg es consumación y disolución. Todo acaba cuando se reduce a una sola nota y la extenuación elocutiva del sonido sólo admite la atónita repetición minimalista de la cual gozamos y a la cual soportamos en estos días con machacona celebridad.

¿Por qué elige Adorno a Berg y no a sus compañeros de escuela? La respuesta personal, el haber sido su alumno, es ineficaz. Berg fascina a Adorno porque es, como el filósofo dice, el pasado y el futuro, o mejor dicho, el futuro sacrificado al pasado, nunca el éxtasis del presente. Por eso Berg escribe las últimas obras del romanticismo, la ópera *Wozzek* y el concierto para violín, así como la última música de cámara del clasicismo, todo ello reducido a las migajas de lo microscópico. Fue temerario, pero lo fue meditadamente. Por eso construyó una racionalidad de la disolución, que Adorno llevó a la filosofía en su final *Dialéctica negativa*. Berg filósofo poco con la palabra y mucho con la música. Su alumno

Adorno, puede hacer, con comparable maestría, lo contrario.

B.M.

Seis galeones para el Rey de España. La defensa imperial a principios del siglo XVII

Carla Rahn Phillips

Alianza Editorial, Madrid, 1991

El libro, de sugestivo título (que en realidad envuelve un trabajo de investigación puntual) trata de la construcción y peripecia de seis galeones llevados a cabo por la Corona en 1625-28; costes, mano de obra, materias primas. Esta documentación erudita está insertada en un estudio de la política naval en España, durante los siglos XVI y XVII. En cuanto a la gran aventura del descubrimiento de América, Carla Rahn Phillips da noticias del apresto de los galeones, estudia la procedencia de las provisiones y los pertrechos, sus vicisitudes, los esfuerzos para conseguirlos, etc. De esta manera, se conoce mejor cuál fue la relación de la burocracia española en la defensa naval del imperio. Rahn Phillips estudia también, la vida de los hombres que componían las flotas imperiales, concluyendo la investigación con la historia de los seis galeones del título: aquellos que viajaron a las Indias entre 1629 y 1640.

Obra, pues, de primerísima investigación que pasará a ser de consulta obligada por los historiadores que quieran ampliar sus conocimientos navales de uno de los periodos más decisivos de la historia de España. Por otro lado, la obra está llena de curiosidades para el lector no especializado, pero con interés por estos temas.

Escritos políticos

Max Weber

Edición de Joaquín Abellán

Alianza Editorial, Madrid, 1991

Max Weber (1864-1920) es, sobre todo, conocido por sus ensayos sobre sociología de la religión, capitalismo

y protestantismo, pero su gran obra no debe ocultar muchísimos otros trabajos sobre aspectos políticos que aún hoy pueden interesarnos. Este volumen, con una inteligente y documentada introducción de su antólogo y traductor, Joaquín Abellán, nos permite conocer el pensamiento de Weber sobre el estado nacional y la política económica, tema de la lección inaugural de la toma de posesión de cátedra, su crítica de la burocracia y de los partidos, su intento de salvar la libertad individual dentro del proceso de burocratización de la sociedad moderna. El último texto que recoge esta obra tiene por tema el socialismo (1918), haciendo algunas observaciones críticas a las nociones evolucionistas del pensamiento marxista (los ciclos sucesivos de la economía, etc.). Muchas de estas consideraciones son, en estos momentos, de una interesante actualidad; en otras, forman parte de la larga discusión sobre economía privada y economía estatal que tanto ha singularizado a nuestro siglo.

Diccionario de la literatura clásica

M. C. Howatson

Coordinador de la edición española: Antonio Guzmán Guerra
Alianza Editorial, Madrid, 1991

El valor que un diccionario bien hecho puede tener es incalculable. Predominan, bajo un criterio que se pretende científico, diccionarios faltos de imaginación, que se restringen a dar un servicio universitario o académico, suponiendo que estas nociones comprenden el pragmatismo y el aburrimiento. Borges señalaba siempre la edición, creo que de 1902, de la *Encyclopaedia Britannica* porque sus artículos, documentados, estaban escritos por grandes escritores. Este diccionario que Alianza ofrece al público español puede, sin ser lo uno ni lo otro, leerse y consultarse con provecho. Su autora ha tenido antecedentes notables en su idioma, como la *Oxford Companion to Classical Literature*, de Sir Paul Harvey, pero sabe que la perspectiva del lector actual ha cambiado y lo señala: el estudiante o el hombre culto de hoy no tiene los conocimientos filológicos que solía tener al principio de siglo, pero sus conocimientos inmediatos (viajes, guías turísticas, programas televisivos) son mayores. Además, la autora aprovecha las arduas investigaciones que, desde que saliera el diccionario de Harvey han enriquecido

la erudición sobre la antigüedad griega y romana. Dos de los aspectos más novedosos son el hacer más hincapié en la filosofía y en las instituciones políticas.

Esta obra abarca desde el 2.200 a. C., fecha de la llegada de los griegos a Grecia y su conclusión es menos nítida porque tanto la cultura helénica como la latina no acaban de concluir sino que se extienden hasta el presente; sin embargo, no todo es helenismo ni latinismo, y los límites rondan los siglos III y V de nuestra era, aunque hay referencias a la Edad Media y el Renacimiento. Tal vez, Ficino tendría que haber sido tratado con más extensión y el criterio de abrir una voz para cada obra (aunque no están todas las importantes) quizá no sea realmente cómodo. Si buscamos a Sófocles, después de la información somera sobre el autor habremos de recurrir a los nombres de sus obras, por orden alfabético para tener una idea de ellas; esto convierte la lectura de Sófocles y su obra en un pequeño laberinto. Otra observación: no es propiamente hablando un diccionario de la literatura clásica, sino tal como reza su título en inglés, un *Oxford Companion to Classical Literature*, una obra de compañía para el estudiante y para el lector no docto en la antigüedad. La obra se cierra con un cuadro cronológico y mapas históricos del mundo que informa este universo cultural.

Autorretrato en espejo convexo

John Ashbery

Trad. de Javier Marías

Colección Visor, Madrid, 1991

John Ashbery nació en Rochester, Nueva York, en 1927 y está considerado uno de los poetas más interesantes de la poesía americana de los últimos lustros, junto con Mark Strand, James Merrill y otros. El poema que con gran maestría ha traducido Javier Marías, *Self-Portrait in a Convex Mirror* fue publicado originalmente en 1975. Fue inmediata y variadamente premiado. Este largo poema se inspira en el cuadro del Parmigianino, Francesco Mazzola del mismo título (1524). No hay que olvidar que el mismo Ashbery fue pintor en su primera juventud y que luego ha ejercido como crítico de pintura. Él mismo dice, citado en el prólogo de Javier Marías: «intento utilizar las palabras de manera abstracta, como un pintor